

# Confines, territorio e identidad política

Angelica Nuzzo

en un mundo global\*

La Unión Europea nos ofrece uno de los ejemplos más recientes y, en verdad, paradigmáticos de la desterritorialización de la política.

Históricamente, el principio de territorialidad determinó la idea de identidad nacional en conexión con los confines estatales. Tales confines, por su parte, dieron forma a diversas concepciones de ciudadanía, solidaridad y responsabilidad política, aunque siempre limitadas al ámbito de una nacionalidad común. Pero, ¿qué sucede con la identidad política cuando se derrumba la base territorial del Estado-nación? ¿Puede la política verdaderamente perder su base territorial y hacerse *global*? ¿No es, tal vez, la idea de un globalismo sin confines una ficción política tan irreal como peligrosa, una ficción que disfraza el resurgimiento –en otro nivel– de confines mucho más impenetrables e intransgredibles? Si esto es verdad, como pienso, la tarea que se abre es, entonces, la de pensar una nueva noción de *territorio*, de proponer una idea diversa de *confín*, para balancear las tendencias particularistas del globalismo, o sea sus contradicciones internas.

En las consideraciones siguientes quiero ofrecer una reflexión sobre el problema de la constitución de una identidad europea más allá del principio de territorialidad nacional. En particular, me interesa discutir la modificación conceptual a la que deben someterse las nociones de *confín* territorial, *territorio* y *espacio* político en el contexto trans-nacional y post-nacional de la Unión Europea, por un lado, y del globalismo imperialista norteamericano, por el otro. ¿Cuál es la relación entre estos dos modelos, ambos globales y post-nacionales?

---

\* Traducción de Fulvio Carpano.

En el centro de mi interés se halla la cuestión filosófica más general del rol desempeñado por los confines territoriales en esferas diversas entre sí, pero interconectadas, como las de la política, la economía y la moral. La idea de fondo es que los confines ni pueden ni deben ser anulados totalmente, sino que, por el contrario, deben ser reinventados y transformados radicalmente sobre la base de una idea de universalismo ético, conjugada con una recuperación del carácter geográfico concreto, como sostén de la acción política. Contra la pérdida del carácter geográficamente concreto, que es propia del globalismo económico, y contra el despedazamiento en particularismos sectarios y localistas, que a menudo representan el otro aspecto complementario de la globalización, en la base de mi análisis está la tentativa de fundar la identidad política en una nueva intersección de moral y geografía. Me interesa subrayar cómo en el mundo contemporáneo, y en oposición a ficciones virtuales y globalistas que pretenden hacer abstracción de los límites territoriales *tout court* (ya sea el espacio globalizado de la economía o del *cyber-space* de la *web*), se vuelve indispensable una delimitación territorial bien concreta, para asentar sobre ella una acción política democrática y participativa. La idea de territorio, sin embargo, debe ser liberada del localismo sectario de las etnias y de los fanatismos religiosos, y, en cambio, debe repensarse y, tal vez, también reinventarse a la luz de instancias morales imprescindibles.

En estas consideraciones, completamente preliminares y fundamentalmente explorativas, propongo un ejemplo de semejante estrategia, cotejando el modo como la Unión Europea y los Estados Unidos, respectivamente, afrontan (y han afrontado históricamente) el problema de sus confines.

Partiré de la constatación que la disolución progresiva de los confines nacionales ha creado, en los ciudadanos europeos, la necesidad de otro tipo novedoso de confines, con relación a los cuales se distinguen con precisión sus centros locales y se constituyen las identidades regionales. La primera respuesta a la pérdida de confines nacionales, tan inmediata como reaccionaria, es el regionalismo y el particularismo. Contra este automatismo conservador, que induce a replegarse de manera antagónica sobre las identidades localistas, quiero sugerir la necesidad de construir o imaginar un nuevo espacio público europeo o un *territorio* europeo como la base para una identidad capaz de llevar a primer plano valores morales de acción común, más que intereses económicos, sectarismos religiosos o particularismos tradicionalistas.

Me ocuparé luego de cotejar el modo como Europa y Estados Unidos enfrentan, respectivamente, el problema de los confines. En un mundo dominado por la globalización económica, solamente una identidad basada sobre una responsabilidad y una solidaridad comunes, válidas más allá de los confines, puede llegar a diferenciar el proyecto europeo respecto tanto del imperialismo político y econó-

mico norteamericano, como del pasado colonial europeo. Al dar forma a la propia identidad trans-nacional, Europa no debe reproducir o emular la relación con el territorio que ha caracterizado a los Estados Unidos desde el siglo XVIII hasta la fecha, ni tampoco debe proponer nuevamente la idea de expansionismo colonialista, que ha dominado una fase de su reciente pasado.

## 1. Confines e identidad

Desde el Medioevo, las murallas perimetrales, que daban a la ciudad su forma urbanista y territorial propia y distintiva, tenían una función principalmente defensiva. En las murallas, el confín se volvía el lugar físico que hacía visible la identidad política, como separación de una interioridad solidaria y una exterioridad enemiga. Símilmente, a partir de la Edad Moderna y hasta el siglo veinte, los confines físicos y geográficos de los Estados, transformados en barreras políticas simbólicas y más o menos artificiales, tienen la función de identificar el Estado-nación como entidad política dominante, o sujeto político agente, en contraposición a los enemigos externos. En semejante contexto, las diferencias étnicas y religiosas, como también distintos grupos culturales permanecen sometidos a la idea de una soberanía nacional común, que domina en el interior de los confines estatales.<sup>1</sup> La idea de ciudadanía como pertenencia nacional representa el vínculo común de una ciudadanía, cuya solidaridad se expresa externamente en la confrontación antagónica con otros Estados. En el confín, la identidad nacional es pensada y vivida de manera fundamentalmente negativa y como oposición: el confín instituye la separación dialéctica entre el interior y el exterior, y esta separación constituye la base de la identidad.<sup>2</sup>

La caída del muro de Berlín (1989), el colapso de la Unión Soviética, la creciente globalización de la economía mundial, la creación de la Unión Europea y, finalmente, los ataques del 11 de septiembre de 2001 en New York y Washington, constituyen algunas de las etapas principales de un movimiento histórico que ha conmovido la relación tradicional entre identidad política y confines territoriales, entre conciencia colectiva de los pueblos y Estado nacional. Sin embargo, el pasaje desde la identidad nacional ligada al principio de territorialidad, a una

1. Basta pensar en la identidad judía y en la idea de *asimilación* en Estados como Alemania o Italia hasta la Segunda Guerra Mundial.

2. Para los presupuestos filosóficos de esta discusión, remito a A. Nuzzo, «Changing Identities: Dialectical Separations and Resisting Barriers», en Philip Grier (ed.), *Identity and Difference*, Albany SUNY Press, New York, 2007, pp. 131-154.

presunta conciencia supranacional independiente de toda base territorial, aun admitiendo que fuera posible, no es ciertamente un pasaje automático, como, en cambio, muchos fautores de la unidad europea como unificación económica de los mercados habían anticipado inicialmente; de la misma manera que –por otra parte y a modo de complementación– la política de militarización de los confines con vistas a la seguridad interna tampoco conduce automática ni necesariamente a una seguridad mayor. El *terrorismo* emerge correlativamente, en la forma de un enemigo *global* que también está capacitado para eludir límites territoriales y confines, para infiltrarse indiscriminadamente en todas las esferas de la soberanía política.

El problema de la constitución de la identidad política en un mundo global y aparentemente desterritorializado es, entonces, más que urgente. Se trata de un problema que no se *resuelve* abatiendo confines geográficos (como piensan quienes sostienen el globalismo económico); un problema que, por el contrario, surge precisamente una vez que tales confines han sido abatidos. Y su solución depende de la capacidad de pensar la dialéctica límite-confín en un nivel diferente, o sea, más allá de la separación por oposición entre lo interior y lo exterior.

La tendencia a la cancelación de los confines y a la desterritorialización de la política procede a través de contradicciones que, tal como lo muestra el problema de la seguridad, vuelven continuamente a proponer un cierre, inclusive una fortificación militarista de los confines mismos. El 11 de septiembre de 2001 ha creado una contradicción de fondo en el modo como política y economía enfrentan el problema de los confines. Por razones de seguridad nacional, tanto Europa como Estados Unidos han impuesto un cierre de los confines y un control riguroso del movimiento de personas de un lugar a otro. Mas tanto Europa como Estados Unidos dependen económicamente del movimiento libre de mercancías y capitales desde un Estado a otro. En cierto modo, los confines son hechos que discriminan el flujo de personas y mercancías.<sup>3</sup> Por lo demás, en el escenario de Medio Oriente (al igual que en el confín entre Estados Unidos y Méjico) asistimos a una empresa como la construcción del muro defensivo que debería separar Israel de los territorios palestinos. Otra contradicción, esta última, que nos remite a la idea por lo menos medieval de confín territorial.

Es sobre la base de este dinamismo (en virtud del cual la eliminación de los confines nacionales está acompañada por una nueva propuesta de los mismos en otro nivel: el antagónico y defensivo) que querría plantear la cuestión de la construcción de la identidad europea, un problema que se presenta embarazoso, sobre todo

3. Cf. John A. Agnew, «A World that Knows no Boundaries? The Geopolitics of Globalization and the Myth of a Borderless World,» \*CIBR, 2003, pp. 21 ss.

si se lo encara en el nivel de la conciencia popular común. Para los ciudadanos de los Estados europeos, se trata más de un problema abierto, que de una realidad vivida. De ello da una prueba (si no algo más) el resultado del referendun en Francia y en Holanda en mayo-junio de 2005 sobre el esbozo de constitución europea.<sup>4</sup> Ello ha llevado a algunos (entre los cuales, a Habermas) a plantear la cuestión de la *posibilidad* misma de una identidad europea común.<sup>5</sup> Se trata de un problema acuciante, pues de su resolución depende la posibilidad que tiene Europa de constituirse como sujeto político creíble en la escena internacional, un sujeto capaz de acción y decisión con un mandato popular.<sup>6</sup> Éste es, por cierto, el paso ulterior que se debe dar, más allá de la unificación de los mercados y más allá de decisiones gubernativas de tipo unilateral, carentes de toda adhesión popular.

La cuestión es, entonces, la siguiente: ¿es posible una identidad europea común? Es una cuestión que desearía discutir en el contexto de este problema más general: ¿qué es la identidad en la época de la política desterritorializada? Al respecto, quisiera adelantar la idea de que ahora más que nunca la identidad debe ser pensada mediante un repensamiento de las nociones geográfico-políticas de *territorio*, *confín* y *espacio* político. Se debe poner en juego esta idea contra las ilusiones globalistas de la economía y del *cyberspace*, por un lado, y contra los particularismos antagónicos y reaccionarios, que apelan a presuntos *valores* étnicos, religiosos, culturales, históricos y semejantes, por otro. Los conceptos geográficos de *confín* y de *territorio* deben repensarse a la luz de un principio de responsabilidad y solidaridad moral de los ciudadanos, y no con relación a los intereses políticos o al beneficio económico de los Estados implicados.

## 2. Identidad política y economía: un problema del confín

Pero si queremos plantear la cuestión de la relación entre identidad y confines territoriales desde una perspectiva novedosa, entonces debemos previamente contar dos posiciones que gozan de amplia aceptación, y afirmar, en primer lugar,

4. La inmensa mayoría obtenida por el *no* resulta tanto del referendun francés del 29 de mayo de 2005, como del referendun holandés del 1 de junio del 2005.

5. Véase el ensayo de Habermas: "Ist die Herausbildung einer europaischen Identität nötig und ist sie möglich?," en J. Habermas, *Der gespaltene Westen*, Suhrkamp, Frankfurt a.M., 2004, pp. 68-82; y también su otro ensayo en este mismo volumen: "Der 15. Februar oder: Was die Europäer verbindet", *idem*, pp. 43-51, en especial p. 46. El voto popular del referendun francés del 29 de mayo de 2005, contrario a la constitución de la Unión Europea, confirma este reclamo.

6. Aludimos a la «*tesis del no-demos*», según la cual Europa no puede darse una constitución simplemente porque el sujeto que debería hacerlo, el *pueblo europeo*, es inexistente como tal. Véase el ya citado ensayo de Habermas, «Ist die Herausbildung [...]», p. 76.

que la globalización no puede ofrecer ninguna respuesta plausible al problema inicial, en la medida en que los confines no pueden ser borrados por medio de un simple fiat económico. Asimismo, en segundo lugar, es también necesario refutar la afirmación de que una vez que se haya realizado la unificación de los mercados europeos, entonces se generaría automáticamente un sistema de interdependencia cada vez más estrecho y, por consiguiente, una conciencia colectiva común.<sup>7</sup> Lo que acomuna ambas posiciones es la certeza de que la relación entre los confines territoriales y la identidad política es una relación que se limita al ámbito nacional y, por ende, algo del pasado que ha sido simplemente superado por las conquistas del mundo global.

Veamos la primera posición. Ella parte de la correcta constatación de que los confines territoriales tienden a ser eliminados por el proceso de globalización económica, y concluye con la tesis de que los confines en cuanto tales son, por lo tanto, una realidad históricamente superada, que no tiene nada más para ofrecer al problema de la constitución de la identidad colectiva. Tal posición resulta directamente refutada por la fragmentación incontrolable que acompaña al proceso de globalización por todas partes del mundo. Al atenuarse las líneas de confín, y con la pérdida progresiva de la importancia de la identidad nacional, entonces valores étnicos, sectarismos religiosos, tradiciones culturales e historias locales vuelven a ser propuestos como centros novedosos, en torno a los cuales los ciudadanos buscan constituir una identidad substitutiva, concreta y de dimensiones controlables, una identidad que sea capaz de compensar la pérdida de la idea tradicional de pertenencia nacional. Sin embargo, tal identidad no hace más que reproducir, a nivel local, la misma relación antagónica propia de los confines, que ha históricamente caracterizado a la identidad nacional. Se sigue pensando y viviendo la identidad exclusivamente en términos de oposición externa a otras identidades étnicas y religiosas; como también en oposición a un sistema de poder y de control, más amplio y más abstracto, que se impone desde afuera y que no existe en ninguna parte.

Hace poco tiempo hemos visto la erección de una muralla de vastísimas proporciones entre Israel y los territorios palestinos, creando así un confín físico además (y antes que) simbólico, cuya función es exclusivamente generar separación y oposición. Semejante barrera no es solamente una respuesta a la oposición entre los dos pueblos; en efecto, también es la causa que fomenta el conflicto. Y mientras que en Europa los confines intra-estatales se van disolviendo poco a poco, en cambio los confines inter-estatales, de modo creciente (como lo prueba el

---

7. *Ibid.*, p. 68

caso de Estados Unidos), se fortifican e inclusive se militarizan en contra de los inmigrantes, refugiados, presuntos terroristas, o sea en contra las categorías de personas sospechosas e indeseadas, frente a las cuales se deben erigir barreras y confines, los cuales se multiplican todos los días. Al igual que desde el Medioevo, los confines externos se vuelven a ligar a la seguridad interna y a la oposición externa.<sup>8</sup> El límite entre lo interior y lo exterior se ha desplazado a la periferia; pero la dialéctica conceptual permanece inmutada.

Como bien se ve, la desterritorialización del mundo global no constituye un paso adelante significativo en tal sentido. Aquello que los ciudadanos de este mundo global parecen estar buscando, entonces, es siempre y exclusivamente una identidad negativa, concebida en oposición a cualquier otra identidad. El confín que nos separa de otra persona o del enemigo es considerado necesario para pensar lo que nosotros mismos somos. Pues bien, lo que debe ser superado es, precisamente, este modelo de identidad, que usa el confín-límite de manera exclusivamente antagónica.

La segunda posición que intento rechazar sostiene que la idea de una identidad colectiva como formación de una conciencia común en los ciudadanos europeos es, en el fondo, un proyecto que es inútil proponer, dado que es perfectamente suficiente contar con la voluntad de los Estados miembros. Una posición semejante, que aparece reflejada, por lo demás, en el Preámbulo al esbozo de constitución europea, que separa la voluntad de los Estados miembros respecto de la voluntad de los ciudadanos, ha dominado la actitud funcionalista consistente en adherir a la inicial unificación económica de los mercados europeos. Su convencimiento central era que semejante unificación habría de ser –tanto necesariamente cuanto automáticamente– funcional a la creación de una interdependencia, la cual habría de extenderse progresivamente a otras esferas, más allá de la meramente económica. Hoy, empero, resulta claro que la formación de una conciencia colectiva no puede, de modo alguno, presentarse como el producto de la unificación de los mercados bajo el signo del euro.<sup>9</sup>

De consideraciones de este estilo podemos extraer una primera conclusión. Si la Unión Europea no es capaz de crear un sentido de identidad y de pertenencia común en sus ciudadanos (una identidad concebida y vivida, esta vez, de manera

---

8. De todos modos, no se trata de un mero desplazamiento de confines desde el interior hacia el exterior, es decir, desde la relación entre Estados europeos a la relación entre Europa y los otros países extra-europeos. Ante todo, no lo es (y éste es el único punto del que me puedo ocupar ahora) por las tensiones internas que la disolución de los confines intra-nacionales generan. Los límites internos no se *disuelven* simplemente; más bien son *reemplazados* de algún modo.

9. En el ensayo citado en nota 5, Habermas critica esta posición.

positiva e interna, y no solamente negativa con relación a un enemigo externo; una identidad concebida, además, como responsabilidad activa con relación a un contexto mundial más amplio y no solamente como afirmación de intereses económicos contra otros agentes en el mercado), si esta propuesta tarda en presentarse, prevalecerá la necesidad creciente de una subrogación de la identidad nacional perdida y se aprovechará para ello el potencial negativo de odio y antagonismo étnico y religioso liberado por la caída de los confines nacionales. Porque, en verdad, mientras permanezcamos dentro de la misma lógica antagónica de los confines (con su dialéctica de lo interno y lo externo, y con su definición de la identidad a partir de la oposición al otro), los confines no desaparecen, sino que apenas se desplazan.

La globalización económica y la política trans-nacional son solamente estrategias diversas para trazar nuevos confines y erigir nuevas barreras que mantengan los mismos valores defensivos y agresivos que han dominado la escena mundial hasta la fecha. Dicho de otro modo, no es aboliendo los confines en nombre de un mercado global o de una moneda común que la nueva época histórica de la política mundial ingresará en la escena contemporánea. La novedad radical, a la que todavía no hemos llegado, consiste más bien en la capacidad para trazar confines en nombre de un principio fundamentalmente diverso del que ha dominado hasta ahora.

### 3. Identidad: historia y geografía. ¿Un nuevo espacio para Europa?

Debemos volver a pensar, pues, el concepto de confín a la luz de una nueva conexión de ética, política y geografía.<sup>10</sup> Está en discusión la creación de un espacio público europeo –de hecho, un nuevo territorio europeo– que sea el punto de encuentro de los ciudadanos de Europa, más allá de los confines nacionales, pero también

---

10. Con esta conexión, quiero ampliar la manera como ciertos autores, como David Harvey, focalizan la relación que economía y política mantienen con lo geográfico, incluyendo una dimensión moral. Esto puede aparecer problemático hasta un punto tal, que podría argumentarse que ningún problema geográfico debería ser inherente a la moralidad. No puedo argumentar a favor de mi posición en este ensayo, así que mencionaré brevemente dos puntos. El primero es que hay, al menos, un nivel donde las consideraciones geográfico-espaciales intervienen en el discurso moral, como cuando reflexionamos sobre nuestros deberes para con quien nos es alguien *lejano*. En segundo lugar, que se alegue la falta de una fundamentación espacial propia del discurso moral no debería llevarnos a rechazar totalmente esta conexión, sino más bien a encontrar un nuevo significado para el *territorio* o el *espacio* que es propio de la acción moral. Sugiero ahora que este territorio puede ser también la base de cierta política. Finalmente, es obvio que hay una dimensión moral inherente al territorio cuando está en juego el ambiente natural.

de los localismos étnicos, lingüísticos y religiosos, y asimismo de los particularismos que remiten a historias y tradiciones diversas. La Unión Europea debe ofrecer a sus ciudadanos un proyecto de identidad concreto y plausible, una identidad en relación con la cual (y no contra la cual) también los particularismos locales puedan alcanzar un nuevo significado y una decisiva función de integración (en vez que de división), deviniendo capaces de una confrontación solidaria, en vez que antagónica. En términos de la lógica dialéctica hegeliana, se trata de pasar desde un modelo de identidad basado sobre la estructura del *Grenze* [límite], propio de la Lógica del Ser, a un modelo basado, en cambio, sobre la estructura del *Begriff* [concepto], un modelo que realiza la idea de libertad mediante la integración de universal, particular e individual en la noción de *konkretes Allgemeine* [universal concreto].

Pero también se debe abandonar dos tentaciones paralelas, que reaparecen continuamente, en la medida en que las mismas siempre presentan tan sólo una reacción a situaciones y programas dados. Europa debe precaverse de la tentación de definir el espacio propio en mera oposición o emulación de Estados Unidos (en este último caso, hay que pensar en la cuestión de la extensión de los confines europeos a los países del Este). El nuevo territorio europeo debe ser pensado, en cambio, como la base para acciones y propuestas comunes de carácter positivo, dictadas por principios morales compartidos. Es ciertamente verdad que semejante territorio todavía debe ser completamente inventado, en lo que concierne a programas políticos y principios morales; pero ya está dado como base geográfica y ambiente natural, urbano y social común.<sup>11</sup> El espacio europeo debe ser concebido con relación a un proyecto de acción futura común, para la cual los ciudadanos europeos estén vinculados por una responsabilidad también común. Y quisiera subrayar en este punto la proyección hacia una acción futura, en contra de la remisión a presuntos valores comunes, basados sobre tradiciones históricas pasadas; una idea, ésta, difícilmente defendible, tal como lo ha demostrado Habermas *nolens volens*.<sup>12</sup>

Aquí puedo indicar solamente dos ejemplos de lo que he caracterizado brevemente como un territorio europeo que sea la base de una acción común. El pri-

11. A modo de contraste, una identidad europea, en cambio, no se halla presente allí en términos de la historia y las tradiciones de Europa.

12. En lo que concierne a la identidad geográfica de Europa en conexión con su proyecto político, véase lo que reclama el Ministro de Relaciones Exteriores francés, Hubert Védrine, en *Le Monde*, 9 de junio de 2005, todavía en respuesta al voto negativo francés a la constitución de la Unión Europea: «Europa es tanto geográfica, como política. Tiene que tener confines [...] Deberíamos retornar a la Europa de los grandes proyectos: proyecto de infraestructura, educacionales, científicos, industriales, sociales, culturales, ecológicos, diplomáticos».

mero de ellos está dado por la constitución de una acción solidaria el 11 de septiembre de 2001: el extremo pesar de la opinión pública europea (y mundial) por las víctimas de los ataques a New York y Washington. Antes inclusive de que la culpabilización de los criminales y la identificación de los terroristas, de su credo religioso, de sus motivaciones políticas, etc. monopolizaran la discusión; antes inclusive de que el problema de la respuesta –política, militar– fuera puesto en primer plano, la respuesta de los ciudadanos ha sido unánime y dictada por un principio de solidaridad humana común.

El segundo ejemplo lo ofrece el 15 de febrero de 2003, el día que vió cómo se desplegaba la más grande movilización europea desde el final de la Segunda Guerra Mundial, en protesta contra la invasión de Irak decidida por el gobierno americano y apoyada por los gobiernos, pero no por los ciudadanos, de España, Inglaterra e Italia. También en este caso la protesta estaba animada por la necesidad de dar voz a una convicción moral común.

En ambos ejemplos, el espacio creado por la movilización solidaria de los ciudadanos europeos tiene una dimensión física y geográfica, y también una dimensión moral y política. Se trata de un espacio concreto y vivido, un espacio animado por la presencia física de millones de personas que atraviesan las calles de las capitales de Europa, sobrepasando los confines nacionales. Pero se trata también de un nuevo espacio simbólico, creado por la acción solidaria consistente en dar voz a una motivación moral compartida; un espacio que en el hecho mismo de instituirse traza una nueva línea de confín, o, si se quiere, un nuevo confín o límite moral: el que separa la verdad de la mentira, la defensa de la ofensa, la colaboración de la intervención unilateral.

A la luz de estos dos ejemplos quiero, así, proponer la transformación de la cuestión generalmente discutida como la de la base histórica capaz de justificar la idea de una mentalidad europea común, en el proyecto de inventar un espacio ético y geográfico, a partir del cual puedan desarrollarse, a pesar de la falta de una base histórica común, una acción solidaria y una conciencia colectiva europeas.

¿Qué relación tiene el proyecto así delineado con el problema de crear una identidad nacional, tal como lo afrontó la unión norteamericana en el comienzo de su historia postcolonial?

#### **4. Confines europeos y frontera americana**

Desde el comienzo mismo, la imaginación de los primeros europeos que se dirigían al Nuevo Mundo construyó el espacio americano como especularmente opuesto al espacio europeo. El territorio americano fue considerado como un espacio

abierto, enteramente natural, no tocado por la civilización ni por la historia, liberado –desde hacía siglos– de las luchas por el poder y carente de confines. En consecuencia, el Nuevo Mundo era visto como un espacio capaz de acoger y dar forma a posibilidades infinitas. Esta construcción del territorio definía implícitamente una idea bien precisa de libertad, mientras ignoraba abiertamente la realidad humana y social que había encontrado en el suelo americano. Al no tener confines con ningún Estado europeo, la civilización indígena ni siquiera contaba como otra; simplemente se la consideraba como no existente.

No es casual que Henry Adams abra su monumental *History of the United States Under the Administration of Thomas Jefferson* con una cuidadosa representación de las «condiciones físicas y económicas» del territorio americano hacia el 1800, presentando así el escenario sobre el cual tendrá lugar, luego, el desarrollo sucesivo de la historia política y social de los Estados Unidos. En este territorio vasto y salvaje, enteramente dejado a merced de la naturaleza y de poblaciones «bárbaras», fue necesario marcar por primera vez confines, de manera tal de darle una dirección a los pasos iniciales de la nueva nación. Fue así creado el espacio político norteamericano. En tal espacio, los confines no eran símbolos de separaciones políticas ni barreras defensivas que no se podían superar. Por el contrario, la «frontera» era precisamente la línea móvil que la «civilización» trazaba frente a sí misma, con el único propósito de superarla y llevarla más adelante, en su irrefrenable avanzada hacia los grandes espacios vacíos del Oeste.<sup>13</sup> Frederick Jackson Turner ha sido el historiador de la frontera americana, quien ha visto en la idea de la frontera la fuerza unificante de la historia norteamericana y el factor que la distinguía respecto de la historia europea: frontera contra confín.

La frontera era el signo provisorio de la expansión económica norteamericana. Su función, a diferencia de la del confín político, no era la de identificar poblaciones, una frente a la otra. La frontera, por el contrario, era la medida de la lucha común emprendida por una población diversa y variada, animada por un mismo sueño de prosperidad económica. Debe prestarse atención al hecho de que, en tal cuadro, las poblaciones indígenas eran consideradas simplemente inexistentes. Es de este modo que, históricamente, los Estados Unidos han construido su propio territorio desde el comienzo mismo, como un espacio abierto, configurado por el imperativo de la expansión económica; un espacio que, a causa de su vastedad, podía permitirse abrazar en su interior una variedad de grupos sociales, étnicos y religiosos, mientras que hacia el exterior, y teniendo en cuenta su aislamiento geográfico respecto de las potencias enemigas, podía permitirse una per-

13. Cf. el clásico de Frederick Jackson Turner, *The Frontier in the American History*, Henry Holt, New York, 1920.

cepción del territorio propio como no directamente vulnerable y, por lo tanto, no necesitado de protección en sus confines.<sup>14</sup> Fue recién con los eventos del 11 de septiembre de 2001 que esta percepción de invulnerabilidad territorial fue dramática e irrevocablemente alterada.

Esta situación geográfica está en la base de la economía global y, por ende, del imperialismo norteamericano contemporáneo. La premisa inicial era que Norteamérica habría prosperado mientras la frontera se siguiera expandiendo hacia el Oeste.<sup>15</sup> Y cuando se detuvo la expansión interna, y a continuación, con las guerras mundiales, la frontera se reconfiguró en torno a la idea de una expansión del «*American way*» y de los «valores americanos» en el continente. En este punto, el espacio norteamericano no está en absoluto definido por confines territoriales geográficos, sino más bien por valores económicos y por mercancías que se vuelven, ellas mismas, el símbolo de una potencia global. En tal tipo de expansión, el elemento económico es dominador: la «misión» que impone la afirmación de los valores norteamericanos implica directamente el consumo de productos norteamericanos.<sup>16</sup>

La diferencia fundamental que divide a Norteamérica de Europa radica en la diversa construcción y configuración de sus respectivos espacios territoriales. El espacio europeo está completamente atravesado por la historia, es un espacio construido por la red de confines que lo define en sus diferencias internas y que lo vuelve siempre y desde siempre portador de tradiciones locales. Aquí la historia prevalece sobre la naturaleza. Hasta la creación de la Unión Europea, los confines estatales han tenido una función prevalecientemente defensiva: los confines delimitan y protegen una identidad determinada en su contraposición a muchas otras. En consecuencia, el territorio europeo es vivido como constitutivamente vulnerable: en él, la experiencia de la guerra (a menudo motivada por cuestiones y discusiones por los confines) es una experiencia milenaria que acomuna pueblos diversos a lo largo de generaciones. Por lo tanto, mientras que la movilidad constitutiva de la frontera es el carácter distintivo y la fuente de la unicidad de la historia norteamericana, los confines territoriales internos de Europa son considerados como fijos y se los modifica solamente al precio de guerras y conflictos que no cesan de surgir.

---

14. Ciertamente, a lo largo de toda la primera administración Jefferson, la propuesta de formar un ejército y una marina con propósitos defensivos era considerado un objetivo secundario respecto del de construir la nación, pagar la deuda nacional y asegurar una política internacional de alianzas. Inclusive en la perspectiva de Hamilton, la propuesta de formar un ejército ocupaba un lugar secundario frente a un objetivo más económico que defensivo.

15. Cf. J. Agnew, «A World that Knows no Boundaries?», *op. cit.*, p. 6.

16. *Ibid.*, p. 9.

El colonialismo es una consecuencia directa de la limitación territorial de Europa, del carácter fijo de sus confines políticos. Es de esta situación geopolítica que deriva, en efecto, la necesidad de expansión y conquista política y económica en territorios lejanos. A fines del siglo XIX y a comienzos del XX, América, en virtud de su pasado anticolonial, vió en el colonialismo europeo un enésimo motivo de distinción de su propia política expansionista y de su propia producción –primero internacional y, después, global– respecto de la de Europa.<sup>17</sup> El imperialismo norteamericano y el colonialismo europeo tienen orígenes geofísicos y geopolíticos diversos.

Planteamos, de este modo, una interrogación final. ¿Es posible pensar una tercera vía, alternativa al imperio global norteamericano y al colonialismo europeo? Y esta alternativa, ¿cómo pensaría su relación con el territorio, cómo construiría su propio espacio geográfico y político-social? ¿Cómo configuraría sus propios confines una entidad transnacional, de manera de ser verdaderamente alternativa frente a la comprensión nacionalista de los confines como fijos, y frente a la frontera expansionista norteamericana?

## **5. Responsabilidad ética y política como fundamento de una identidad europea a través de los confines**

Si consideramos los pasos iniciales que han llevado a la constitución de la Unión Europea, podemos llegar fácilmente a la conclusión de que el modelo inspirador ha sido, indudablemente, el norteamericano global, según el cual los confines son superados y anulados en nombre del libre tráfico de mercancías. Además, la cuestión de la extensión de la Unión hacia los países de Europa oriental ha sido puesta, demasiado a menudo, en términos que recuerdan la frontera americana: expansión económica hacia el Este, explotación de recursos en un territorio considerado más o menos vacío socialmente, y por lo tanto disponible como válvula de escape para un mercado que, de otra manera, se saturaría en exceso.<sup>18</sup>

17. Significativamente, Theodore Roosevelt pasó de las reformas interiores al apoyo a prácticas imperiales después de que Frederick Jackson Turner declarara que la Frontera Americana estaba cerrada. En décadas más recientes, y dado que la tradición popular dentro de Estados Unidos es anticolonial y anti-imperialista, les ha costado un esfuerzo sustantivo al gobierno y a los medios la tarea de disfrazar el rol de los Estados Unidos en la política internacional.

18. También es significativo que el voto popular de rechazo a la constitución de la Unión Europea emitido por el pueblo francés (el 29 de mayo de 2005) se basó en la disconformidad ante la visión liberal de la economía y la propuesta de achicar el Estado de bienestar, que esa constitución proponía. Muchos países se hicieron eco de esta visión expresada por los ciudadanos franceses.

Sin embargo, éste es sólo el comienzo de la historia de la Unión. El paso siguiente, por cierto el más difícil de emprender, concierne –como vimos– a la creación de una conciencia europea común, capaz de sostener las acciones y decisiones políticas de la Unión y de sus gobiernos, es decir: la constitución de Europa como sujeto político representativo. Y no existe ninguna transición automática de la unión económica a la propia de una conciencia política. ¿Cuál es, entonces, el espacio capaz de sostener el proyecto unitario en esta fase ulterior de su desarrollo?

En las consideraciones precedentes he sugerido que Europa debe llevar adelante una acción política unitaria, inspirada por principios morales; y que tales principios, basados sobre una idea de solidaridad y responsabilidad comunes, que es válida más allá de los particularismos locales, deben constituir las coordenadas fundamentales del nuevo espacio público europeo. Que las dos movilizaciones populares del 11 de septiembre de 2001 y del 15 de febrero de 2003 sirvan de ejemplo.

Sin embargo, si éste es el proyecto de una unidad europea que debe alcanzarse, entonces es necesario que Europa evite la tentación de concebir su propio territorio según el modelo norteamericano (en lo que tiene de contradictorio: disolución de los confines en nombre del imperativo económico, pero militarización de esos mismos confines en nombre de la seguridad interna); y también que evite la recaída en una repetición del propio pasado colonial (expansión geográfica para absorber sobreproducción y sobre-acumulación, y también imposición de valores occidentales como los valores portadores de civilización).

A modo de conclusión, pero en la forma de un simple esbozo, propongo dos puntos finales.

El mecanismo complejo que hasta ahora reguló el ingreso de nuevos candidatos a ser miembros de la Unión Europea (un mecanismo que exige, entre otras cosas, la reforma de las instituciones políticas y de las estructuras judiciales, la protección de los derechos humanos, el desarrollo de la economía, etc.) podría ser asumido como válido más allá de la cuestión del ingreso en la Unión, esto es, como modelo que dé forma a una acción política unitaria, cuyo propósito sea democratizar, estabilizar y modernizar sociedades con un pasado inestable y turbulento, a la par que caracterizado por instituciones políticas totalitarias. De esta manera, la relación de la Unión Europea con los países del Este podría ser considerada como la primera prueba de semejante modelo.

Tal como sugerí previamente, la disolución de los confines nacionales internos debe ser acompañada por el desarrollo de una solidaridad ética, válida a través y más allá de los confines nacionales y capaz de contrabalancear el antagonismo de los particularismos étnicos y religiosos que resurgen constantemente. En el interior, es necesario implementar una política de redistribución económica y de desar-

rollo geográfico que busque borrar divisiones económicas y sociales a nivel local, regional y nacional (como, por ejemplo, las diferencias y desequilibrios existentes entre el norte y el sur). Mientras que en el exterior, contra el modelo norteamericano de la frontera y las tentaciones neocoloniales, los confines de Europa deben indicar la voluntad de contener el poder de expansión y de respetar lo que se extiende más allá de tales confines. Por última, Europa debe aprender de la pasada experiencia norteamericana, para no dar a su propio territorio la forma de una fortaleza-Europa, cerrada a los inmigrantes y refugiados políticos de los más diversos orígenes.

Graduate Center and Brooklyn College,  
CUNY, New York